

ct

El palmeral

de
Albert Tola

(fragmento en castellano)

HASSAN

*Quizás mi cuerpo, en su sepultura, escuche algo
de la letanía del salmodio o del tañido del músico.
Al ser recordado tras la muerte, tendré descanso;
no me lo neguéis pensando que no es solaz de difuntos.
Yo pongo mi esperanza en Dios por tiempos pasados
y los pecados cometidos. Él conoce mis verdades.*

Ibn Suhayd, *La muerte me alcanza*

Mi nombre es Hassan Abdallâh al-Arabi at-Taâ'i. Mi mujer se llama Oum Aschraf Leila Abderrahman al-Warrâq —que Dios derrame sobre ella Su gracia y Su Paz. Leila significa noche, porque no puedo estar casado sino con la noche. A fin de cuentas, la noche forma más parte de mí que el día. Escogí a Leila, dentro de las posibilidades que me dieron. Pero tuve suerte, y la amé. Hasta el punto de que, si miro hacia atrás, quizás sea una de las pocas estrellas que realmente brillaron en mi cielo. Pero una sola estrella alumbra poco. No se puede vivir por mucho tiempo solo de noche.

Leila y yo vivimos con un lujo discreto. Las paredes blancas de nuestra casa están decoradas. También hay alfombras en el suelo que pisamos. Soy funcionario del rey, formo parte de la administración. Pertenezco al reducido grupo de la población que sabe leer y escribir. Tengo una pequeña biblioteca de libros que he copiado yo mismo, por las noches, junto a mi esposa. Los dos nos sentamos a copiar para aumentar nuestra biblioteca.

Trabajar en mi tratado era mi ocupación nocturna, hasta que conocí a Tahir Al Maghribi al'Tanji —que Dios riegue sobre él una lluvia perenne. Nuestro escritorio da al patio, y amo especialmente el olor de la tierra mojada, cuando la lluvia me sorprende, mientras estoy transcribiendo.

He necesitado copiar muchas voces hasta escuchar mi voz. Mi voz no ha sido un torrente que se ha impuesto entre las otras muchas voces. Todo lo contrario, la he escuchado minuciosamente entre las líneas de otros. No soy un poeta, aunque me ha divertido hacer versos y algunos incluso decoran unas paredes de la alcazaba. Los cientos de manuscritos que he copiado han confluído en un libro de historia, lo mismo que diversos afluentes conforman un río. El centro de la obra es la caída del califato de Córdoba, la fragmentación de Al-Ándalus en distintos reinos taifas. Las cicatrices de nuestra comunidad no logran cerrarse y los reinos cristianos han aprovechado nuestro debilitamiento para contratacar durante su asedio constante... Mientras cuento estas cosas, veo cómo una cimitarra me decapita. No recuerdo dolor, la verdad. Apenas, sol, polvo y unos pies dispersos. En el reflejo del sable entreveo el brillo de las puertas del paraíso.

Me encuentro de rodillas, sobre la arena. A mi alrededor grita un círculo de soldados. Detrás, la tranquilidad con que se alzan las palmeras refleja una parte de mí, muy oculta por el resto de la situación. Mi cuerpo sufre; yo conocía las consecuencias. Aquello es estúpido. Se trata de una muerte inútil. Voy a tener que alejarme de mi mujer, a quien amo. Mi libro de historia, el trabajo de toda la vida, va a quedar inacabado. Se va a perder. Que Dios me proteja de caer en soberbia alguna si afirmo que me parece necesario aportar algo para frenar este proceso, así sea el brillo de un instante de reflexión en medio del derrumbe, así sea para ahorrar derrumbes mayores. Lo peor de todo es que no voy a ver crecer a mi hijo Achraf y a mis hijas: Hafsa, Achraf y Maryam. El silbar de

una ventisca de arena entre las palmeras se confunde con el silbar del metal. ¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿Qué ha ocurrido realmente? Por un momento es como si no lo supiera. Sin embargo, no puedo sino lamentar que conozco hasta el más mínimo detalle de estos sucesos.

Durante el día, Tahir puede resistir cualquier viento. Por la noche, una simple ventisca puede apagarlo. Le he conocido más de noche. En consecuencia, le supongo más frágil de lo que en realidad es.

A pesar de haber oído hablar de él, le vi por vez primera en el zoco. Estaba inclinado, escogiendo unas peras. Venía de vivir, es decir, de ver el sol y de trabajar. Su piel morena, acalorada por haber corrido entre el frío; el cabello negro y despeinado, las cejas, altas como dos cúpulas celestes, el cuerpo largo y delgado como un día de rezo en silencio, y sus ojos traían, en su mirar, todas mis noches anteriores a mi encuentro con estos. Aquellos ojos no eran exactamente oscuros: en sus iris parecían haberse quedado pegadas algunas pocas pepitas de luz. También cayeron en los míos, encendidas como brasas, cegándome. Era de edad imprecisa. Sin duda, más joven que yo.

Le vi en la cara que estaba casado. No sé dónde de la cara, en algún lugar. Hay cosas que uno las sabe sin saber; gracias a Dios —exaltado sea— no son muchas, aunque son las esenciales.

Llega un día en que uno coge su vida y decide salir por la puerta de atrás. Pocos tienen el valor. Crean que ya no van a ser queridos, cuando, de hecho, quizás lo vayan a ser mucho más. Hay personas detrás de las casas. Siempre. Y detrás de las vidas. ¿Y si esas personas se parecen más a uno? A uno de joven. A uno de viejo. Tal vez tengan el rostro distinto y los mismos ojos. Los mismos labios. O solo un gesto de la mano, lejanamente parecido; lo suficiente como para que sepas que hiciste bien en salir por la puerta de atrás, que solo puedes ir hacia adelante en el tiempo, nunca hacia atrás. Solo hay vuelta hacia delante. Hacia el palmeral secreto, donde las tormentas de arena dictan para ti las órdenes más íntimas.

En el zoco, Tahir me miró de soslayo. Sus ojos también contenían las noches por venir en los huertos. Algunas pocas veces puedes leer en los ojos del otro un destino que él mismo no se atrevería a mirar al espejo. Si uno pudiera leer en los propios ojos el porvenir...

Nos encontrábamos en los huertos que hay detrás de la ciudad. Jamás había acudido a ese lugar.

Ahora, el recuerdo de la luz de aquellas lunas me hace pensar en los versos que le gustaron al rey:

*Muchacho oscuro como los misterios de los antiguos,
tu playa es consuelo de mis brazos cansados;
un único encuentro ha bastado
para que el mundo revele su esencia oscura.*

De vez en cuando, una ventisca de arena en el palmeral aullaba nombres secretos que solo él y yo parecíamos capaces de entender. A lo lejos, también veíamos algunas sombras que parecían pertenecer al mundo de atrás de los sueños. Tahir decía que eran espíritus nocturnos, y yo sabía que eran otros como nosotros, o vigilantes de los demás que se encontraban en los huertos. En el gobierno del rey, yo había asumido un puesto importante: durante la guerra civil habían muerto muchos de los pocos que sabían leer y escribir. Yo no tuve que ir a la guerra. Mi señor me protegió... a causa de mis conocimientos de astrología. Le predije que iba a reinar, en un momento en que por lo visto no era previsible. Después, me cubrió de honores. Sin embargo, no supe leer en las estrellas que, en ese mismo huerto, yo iba a ser ajusticiado por él.

Hasta la llegada de los almorávides, nada de lo que hacíamos era extraño en la corte. La única diferencia era que el rey prefería a esclavos mozárabes y, sobre todo, cristianos, y nosotros éramos ambos musulmanes; nada inhabitual por otro lado. En palacio, yo había cantado con el rey a garzones en versos báquicos sobre gacelas. Nos cupo en suerte la guerra civil. Todo se

resquebrajaba; los ánimos estaban agitados. Mi mujer se había convertido en la parte de mí más silenciosa, y en la más amada, la sombra que me observaba en los huertos. ¿Cómo he podido hacerle esto? Si existe Dios, ¿cómo ha garabateado un destino así para mí? Si un fruto recolecté del árbol de esta muerte fue saberme merecedor de amor y, sin embargo, no haberlo sabido recoger con las manos, como un agua preciosa. Los amaba a los dos sin comprender esta fuente de amor sin miramientos que me brotaba del pecho, más allá de toda lógica o sensatez. Todo lo que me habían enseñado mis maestros era cierto. Al centro fui, y en el centro ardí.

La mujer de Tahir se llama Aisha Ben Abbad Takafi —la paz de Dios sea con ella— y desconozco su opinión sobre este asunto. Sé que si me la encontraba por la ciudad, sus ojos se clavaban en los míos, mientras sus pasos nos alejaban. Desconozco si lo sabía. En cambio, sé que de habernos limitado a un solo encuentro con Tahir, su mirada no me habría avergonzado.

Tahir y yo nos vimos demasiado. Fuimos ingenuos en el intento de convertir un fulgor secreto en cotidiano. Una noche susurró:

—Le he dicho a Aisha que ayudo a un funcionario del rey a dibujar los mapas de mis viajes, pero sus ojos están tan húmedos como si supiera la verdad.

Recuerdo que, repentinamente, Leila se fue con nuestra sirvienta Muyha a visitar a unos familiares a la taifa de Ishbiliya.

—Mi familia me echa de menos, me quedaré con ellos unos días, dijo Leila, por no decir que le molestaba que volviera tarde a casa todas las noches, y con fango en la ropa.

¿Qué derecho tenía yo a interrumpir nuestra felicidad? No tenía derecho a ir con Tahir a nuestra casa, cuando ella se fue. En la misma habitación, en la que Leila y yo habíamos concebido a nuestros hijos, lavé los pies de Tahir, los besé, y dije:

—Juro que te amaré siempre por encima de todo y de todos.

—Yo también juro que te amaré siempre por encima de todo y de todos.

Ninguno de los dos sonrió. Mi voluntad de saber había quedado eclipsada por una forma de conocimiento más honda, que me condujo a la desesperación al no encontrar remedio en ningún libro; biblioteca alguna podría iluminarme el camino ante el conocimiento de ti, y a través de ti, del alma del mundo.

Jamás concebí que pudiera recibir un trato como el que me dieron los soldados de mi amigo el rey. Me cogieron del pelo y me condujeron por toda la ciudad. Por fortuna, fueron a buscarme a la alcazaba, y no a casa: no hubiera soportado la vergüenza en la mirada de Leila. Por las calles, yo mismo cerré los ojos para no ver cómo los demás me veían. A mi querido rey no lo descubrí entre el gentío hasta justo antes de la muerte de mi amigo.

Cuando llegué a los huertos vi a Tahir de rodillas entre un círculo de soldados. Tenía las manos atadas, como yo. Por mi culpa le habían escupido.

Reconocí a Aisha, la mujer de Tahir, con un bebé en brazos. No logro borrar a esa niña que no conocerá a su padre. También vi cómo contemplaba la escena el hermano de Aisha, mi discípulo, Khalid Ben Abbad Takafi —que Dios me ayude a comprender sus razones y que Dios nos ayude a comprender las suyas propias. La cabeza de Tahir no cayó lejos del cuerpo. Justo en ese momento, un pájaro, más grande de lo habitual, sobrevoló el palmeral. Después, fue mi turno. Ojalá hubiera sido el primero. Mi castigo era mayor por ser el más viejo y por ser funcionario. Yo sabía leer y escribir. Mi castigo, mayor que mi muerte, fue verle morir.

Viví el castigo en toda su dimensión. Mi alma ha sufrido hasta agotar su sufrimiento. Aquello fue estúpido, inútil. A mi amigo no le volví a ver tampoco. En el reino de los cielos miro a los lados todo el tiempo sin encontrarle. Tampoco logro recordar ninguna línea de mi libro de historia. Vivo solo con estas imágenes, que flotan entre las luces de las alas de los ángeles y los gritos que se escuchan a lo lejos.